

Una aventura entre el mar y el cielo



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.



Esta obra ha recibido una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: ilustración © Enriqueta Llorca Sureda

© Enriqueta Llorca Sureda, 2025

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2025

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-10415-20-1

Depósito legal: M-22.236-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Enriqueta Llorca Sureda

UNA AVENTURA
ENTRE EL MAR Y EL CIELO
EL EXTRAORDINARIO VIAJE
DE ESCAFI Y FOSCA

 Siruela

Las Tres Edades

A Fosca, a mi familia

CAPÍTULO 1

Que empiece la aventura

Fue un día de otoño, un día cualquiera en el que ni el sol resplandecía ni las nubes formaban grandes y fantásticas figuras, cuando Escafi decidió emprender esta aventura.

—¿Supongo que no pensarás dejarme aquí sola vigilando esta lúgubre casa, verdad? —Fosca formuló la pregunta sin dejar de lamerse compulsivamente una pata. Lo hacía siempre que algo la inquietaba.

—¿Dejarte sola? A ver..., ¿cuándo he hecho yo eso? ¡Sabes que jamás hago esas cosas!

—Pues mejor para mí, porque ya ves cómo me tiembla todo el cuerpo cada vez que sales por la puerta.

—Prometimos que siempre estaríamos juntas, ¿te acuerdas? —Escafi le acariciaba el lomo con seguridad; la mano abierta ejercía la presión necesaria para que el suave pelaje del animal se arremolinara cálidamente entre sus dedos—. Anda, sube —añadió.

—¡Prométemelo de nuevo, Escafi!

—Te lo prometo. ¡Juntas siempre y para siempre!

A Fosca le pertenecía un mundo en el que el tiempo era algo muy relativo.

Cuando ella creía haber encontrado el momento idóneo para seguir durmiendo, a Escafi siempre se le antojaba empezar un nuevo día.

Y así, a las siete y media de la mañana de un día de otoño, en el que en el cielo no se divisaban nubes ni parecía que el sol fuera a despertar nunca, Escafi decidió alejarse del hogar que le había dado cobijo y refugio durante muchos años.

—Venga, Fosca... Tengo que colocarte en la cesta de la bicicleta, pon un poco de tu parte.

—¡Yo no soy la que ha pedido salir tan pronto!

—Siempre te estás quejando de que nunca hacemos nada, y el día que se me ocurre hacer algo, pasas de todo.

—ZZZZzzzzz...

La niebla de la mañana había tejido una fina y delicada muselina. Can Taquerien, nombre con el que Fosca había bautizado la casa que ahora dejaban atrás, parecía flotar entre algodones escondida tras ese velo de humedad.

Su gran ojo circular, única ventana de la casa, contemplaba el sendero por el que las dos amigas empezaban su andadura. Can Taquerien, de esa manera suspendida, parecía alzar la vista y despedirse de ellas.

—¿Norte o sur? ¿Este u oeste? Decide —preguntó Escafi; y antes de que Fosca pudiera darle una respuesta añadió—: Yo elijo norte, ya sabes que no soporto el calor.

—Yo también elijo norte, aunque estemos en noviembre.

—¿Este u oeste?

—Hummm..., ni idea. Pero juraría que oí una vez que en el oeste había una bruja de color verde.

—Decidido, vamos al nordeste.

—¿Estás segurísima de tu elección, Escafi? —A esas horas de la mañana, Fosca no se veía aún con ánimos para mostrarse desconfiada, pero eso no quería decir que no necesitara que Escafi le reafirmara sus decisiones.

—Creo que sí.

—Vale. ¿Y dónde vamos a resguardarnos si llueve?

—Traigo la tienda de campaña.

—¿Has cogido el candelabro? Ya sabes que no puedo dormir sin mi candelabro encendido...

—Tranquila Fosca, lo llevo. También he cogido tu manta de rayas.

—Vaya, prefería la de cuadros... —dijo Fosca lanzando un bufido.

—Claaaro, y si hubiera cogido la de cuadros habrías preferido la de rayas.